

EL ÚLTIMO BAILE DEL
LUSITANIA

**EL ÚLTIMO BAILE DEL
LUSITANIA**

Jose Luis VÉLAZ

Primera edición: Febrero 2020

© El último baile del Lusitania.

© Jose Luis Vélaz Negueruela.

Imagen de portada:

https://en.wikipedia.org/wiki/RMS_Lusitania#/media/File:Lusitania_by_Norman_Wilkinson,_1907.jpg

Edita: Ulzama ediciones.

Maquetación e impresión: Ulzama Digital.

ISBN: 978-84-121475-0-6

Depósito Legal: NA 152-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El único medio de vencer en una guerra es evitarla.

George Marshall

Salvo concretas excepciones se ha respetado la grafía de los nombres de personas, poblaciones, calles y otros lugares en consonancia con los oficiales existentes en la época a la que se refiere la obra.

El último baile del Lusitania, es una obra de ficción. Documentada con hechos reales y dentro de un contexto histórico se entremezclan hechos y personajes auténticos con otros de ficción; si bien, el autor ha obrado en todo momento con libertad absoluta para modificar tanto a los personajes como los detalles históricos en función del relato de ficción, resultando por todo ello imaginarios, sin que los hechos narrados tengan que corresponder con la realidad.

PRIMERA PARTE

1

París, primavera 1914

Mientras con especial *glamour* la *vedette* cantaba en la pista una dulce melodía, Fran, el serio camarero del Gentleman en el corazón de París, con su consabida profesionalidad, comenzaba el ritual de un buen descorche: alzó la botella, secándola con un immaculado trapo blanco, y con la mano izquierda que suavemente envolvía el cuello de la misma la mantuvo en un ángulo justo, cuarenta y cinco grados, con la etiqueta de Moët & Chandon hacia arriba, mientras la otra mano, tras tirar de la cinta para rasgar la cápsula, se deslizaba como si acariciara su contorno, hasta posarse delicadamente bajo su base, siempre manteniendo el susodicho ángulo; entonces ascendió la mano que enrollaba el gollete hasta desplazar por sí solo el capuchón y la bajó de nuevo por el cuello para sostener la botella con el pulgar sobre el tapón; así, con la otra mano, bajó la anilla del alambre dándole seis medias vueltas exactas y una vez abierto, sin

quitarlo, la mano derecha volvió a la base desde donde con un preciso movimiento de muñeca giró la botella y el tapón quedó depositado sobre su palma izquierda, sin esfuerzo, sin derramarse una gota, sin estridencia, solo un susurro placentero y armonioso que parecía acompañar la música. Al cabo, con la mano que sostenía el recipiente bajo su base y la otra a la espalda —ambas cubiertas por finos guantes de blanco impoluto como la camisa, que contrastaban con la negrura del esmoquin y la pajarita—, vertió con igual destreza el dorado líquido espumoso sobre las dos copas que se hallaban dispuestas, junto a un sombrero y unos guantes negros de piel, en la mesita a la que se encontraba sentado, solo, un elegante y apuesto caballero. Por la efervescencia generada, Fran detuvo brevemente el servicio para que bajara la espuma, luego completó las copas y dejó la botella sobre la mesa. El caballero lanzó una mirada cómplice, de aprobación, al camarero y mientras levantaba su copa, el trasluz del brillante líquido fresco reflejado por las esferas luminosas, que revoloteaban por el techo, mostraba hilarantes burbujas que se arremolinaban con frenesí como si bailaran al son de la canción. Finalmente saboreó el *champagne* con refinado gusto.

Todo era una fiesta. París entera era una fiesta. Europa, que se encontraba en el cénit de la *belle époque*, era una fiesta: un paraíso terrenal recreado en un ambiente de lujo y hedonismo... al menos para unos, para la nueva burguesía que, ahora, se codeaba con la aristocracia, en especial industriales y comerciantes, en un continuado estado de

opulencia; sin embargo, el optimismo exacerbado que se vivía creaba un clima de euforia que traspasaba otras capas de la sociedad, incitando al emprendimiento en la búsqueda de oportunidades que hicieran alcanzar una vida acomodada con los últimos avances del progreso.

La orquesta siguió interpretando suaves cadencias musicales cuando la *vedette* terminó de cantar y se dirigió a la mesita donde le esperaba la copa de champán servida por Fran. Besó al hombre apuesto y ambos levantaron sus copas para hacer un brindis: «Por la felicidad del futuro», dijo ella gozosa y él asintió. En una columna cercana un cartel anunciaba a la cantante con un primer plano de su rostro sonriente y debajo destacaba: ¡Lynda Harris, la última sensación del cabaret, recién llegada de Londres!

La mujer de cabello ligeramente ondulado y color acanelado, de ojos rasgados, castaños, que las luces de colores hacían resplandecer, se acercaba cariñosamente al caballero. El vestido largo de lentejuelas que destellaban con el movimiento de los focos, muy ceñido sobre el corsé, dejaba los brazos descubiertos justo tras bordear los hombros, que unos largos guantes, sin embargo, cubrían casi por completo. Tras el brindis se apoyó sobre el hombre, abrazándolo con ternura, dejando entrever la fina y delgada figura de una espalda bonita.

—Te quiero, Mark.

Los últimos avances en cosmética favorecían la piel pálida, sonrosada, en la que destacaba el rojo intenso de unos labios carnosos, sin embargo no podían disimular una edad

superior a la del hombre que abrazaba, quien mantenía un *foulard* largo negro, a modo de bufanda, cayendo por el cuello sobre el traje oscuro y una camisa blanca de cuello levantado y almidonado, con las puntas dobladas hacia fuera, donde sobresalía una elegante pajarita, también de color negro. La piel ligeramente bronceada y el pelo oscuro, engominado, contrastaban con unos brillantes ojos azules, muy claros, que al tenerlos enfrente parecían dos focos de luz que deslumbraban a quien los miraba; labios finos, nariz ligeramente aguileña, orejas perfectamente esculpidas y pegadas y frente serena, que en su conjunto, conformaban un rostro realmente atractivo, agradable, aun masculino. Era el resultado de un padre rubio, prusiano, de ilustre y noble abolengo, cercano al káiser Guillermo II, que casó con una bella española de tez morena, hija de una sirvienta de su progenitor, tras haber sucumbido a la enorme fascinación desplegada por la plebeya, de modo que la locura desatada por tanto amor hacia esa mujer, le había hecho priorizar y elegir casarse con ella perdiendo, en consecuencia, un título nobiliario y la acumulación de tierras y mayor riqueza que hubiera supuesto haber seguido la senda preparada por sus antecesores para que desposara con la condesa de Wrubertal, algo pactado entre ambas familias desde su más tierna adolescencia.

Mark Reber tenía treinta y cinco años, había entrado a trabajar poco después de terminar sus estudios de Economía en Berlín en el Deutsche Bank, donde comenzó a formarse en el campo de grandes inversores. De allí había partido a

Londres, donde continuó varios años de especialización en inversiones en diferentes mercados bursátiles, de materias primas y cualesquiera otros en los que hubiera oportunidad de redoblar el capital, hasta que llegó a París, hacía cinco años, como subdirector de grandes inversiones en Société Générale, la entidad financiera donde le conocí al trabajar en ese mismo departamento. El hecho de tener la misma edad y parecidos gustos hizo que pronto entabláramos una gran amistad que he de decir, a pesar de todo lo que iba a ocurrir, siempre fue leal y sincera.

Me llamo Jean Rohan, soy natural de París aunque de una familia originaria del Val de Loire que por aquel entonces, ya emancipado, disfrutaba de mi soltería y de un buen apartamento en el centro de la ciudad. Era un buen conocedor de las mejores fiestas de París por lo que durante un tiempo fui guía de Mark Reber en nuestras correrías por todos los mejores ambientes de la *belle époque* parisina, aunque también, debo confesar, por los mejores antros nocturnos y si, del mismo modo, había estudiado Economía —en mi caso en la Soborna—, a diferencia de Mark, mi vida profesional siempre transcurrió en el banco de la Société Générale. En realidad nunca hubiera necesitado trabajar fuera de los negocios de mi padre, o dicho más exactamente, podría haber vivido, a costa de mi acaudalada familia, inmerso sin más en la candidez de ese mundo fantástico y soñador en plena utopía celestial para los sentidos, pero mi existencia nunca tuvo importancia, solo fui un gran observador, por lo que mi única razón en esta historia es la de contar la misma,

en la que aunque apenas merecí un papel muy secundario, al menos registré los eventos tal como los conocí para que, ahora, pueda relatarlos.

A Mark Reber, su trabajo, las inversiones y en especial ganar dinero y hacérselo ganar a sus clientes, le apasionaba; sin embargo, a su vez, amaba también el arte. En sus ratos de ocio, que procuraba fueran bastantes, pintaba al óleo y gustaba de hacer poesía, jugar con las palabras, como él decía a sus amistades. Desde el primer momento supe que era un vividor, la imagen del *bon vivant* y eso atraía a los demás. El caso es que en razón a sus padres y a sus estancias profesionales hablaba perfectamente alemán, español, inglés y francés, con un sutil acento evocador provocado por tan rica mezcla que, tal como pude comprobar, agradaba a sus interlocutores. Su puesto en la Société Générale le había permitido relacionarse con grandes fortunas, pero a su vez, gustaba de reunirse y juntarse con eminentes literatos y pintores en el ambiente bohemio de las tascas y cafés de Montmartre. Y aunque le privaba rodearse de bonitas mujeres con las que compartía, a menudo, fiestas y lecho, seguía soltero manteniendo su espacio de intimidad en una casa grande, a la que muchas mujeres suspiraban por acudir.

Cuando llegué al Gentleman seguían en su mesita predilecta, acaramelados, así que tuve que convencerlos para que se animaran para continuar la velada por otros lugares, pero Lynda debía seguir actuando en el *café-concert*, así que poco después, cuando ella se despidió para entrar en el camerino y dimos con la última gota de la botella de champán, agarré

de la mano a Mark para levantarlo de su cómoda butaca. Al dirigirnos hacia la salida Fran nos hizo una mueca de despedida, al fondo se comenzaba a escuchar la voz susurrante de Lynda cantando un bello y melódico vals acompañada del piano y un saxofón y algunas parejas salían a bailar a la pista entre las mesas pobladas de gente guapa y elegante. En la puerta se hallaba aparcado mi nuevo y flamante automóvil, un Lion-Peugeot V4C3 de cuatro cilindros y su color rojo destacaba brillante a la luz de las farolas. La noche era joven. Sin fin. El Folies Bergere, el Moulin Rouge y otros tantos cabarés nos esperaban con desenfrenados bailes de cancán; también las bellas y distinguidas damas estilizadas por el corsé, bajo finos modelos de encaje, adornadas con plumas y bordados y tocadas, graciosamente, con fastuosos y distintos sombreros para cada momento.

Eran años de vida y alegría donde el champán culminaba la dicha ante el jolgorio, la música y el deseo. La guerra franco prusiana terminada en 1871 era historia y se había olvidado. La paz se habría instalado permanentemente. La revolución industrial había culminado. Los imperios europeos se habían repartido las colonias del mundo lo que suponía enormes fuentes de materias primas y mano de obra para el desarrollo de la tecnología recién descubierta. El teléfono, el telégrafo, el desarrollo del ferrocarril, el buque a vapor agilizaban las comunicaciones; la prensa que ocupaba ya un lugar privilegiado era cada vez más influyente en los ciudadanos. La humanidad se aprovechaba de los nuevos y grandes descubrimientos e inventos que aparecían por

doquier. La electricidad y el petróleo habían cambiado las costumbres. Y en ese bienestar, muy generalizado, una nueva guerra era, por tanto, inconcebible. Por otro lado los grandes imperios europeos, a pesar de sus diferencias, se hallaban unidos por lazos familiares entre sus reyes, emperadores y demás herederos al trono, en particular descendientes de la reina Victoria y, concretamente, el propio káiser Guillermo II de Alemania, el rey Jorge V del Reino Unido —de Gran Bretaña e Irlanda, de sus dominios de ultramar y emperador de la India— y el zar Nicolás II de Rusia, eran primos carnales. Estos, como el resto de casas reales y mandatarios del mundo, unos años antes, en 1910, habían desfilado unidos —en su orden protocolario—, a lomos de sus majestuosos caballos en el funeral del rey Eduardo VII en Londres como *The Times* había difundido, en una escenificación ante el pueblo sin precedentes. El emperador de Alemania, Guillermo II, que había llegado a bordo de su yate, *Hohenzollern*, escoltado por cuatro destructores ingleses había fondeado en el Támesis, desde donde arribó en tren hasta la estación Victoria de Londres en la que el nuevo rey Jorge V lo esperaba. Luego el káiser, en la ceremonia sobre un caballo gris, luciría el uniforme escarlata de mariscal de campo británico y tras pasar unos días en la antigua residencia de su madre, en el castillo de Windsor, dejaría escrito: «Me siento orgulloso de considerar este lugar mi hogar y de pertenecer a esta familia real», a pesar de que cierto tiempo antes había dicho de su tío Eduardo, ahora en cuerpo presente, que era un ser diabólico, conspirador del bloqueo de Alemania.

París, primavera 1914

Entre tan magnos dignatarios también se encontraba allí, cubierto por un radiante casco de plumas verdes, sobre su hermosa cabalgadura, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del anciano emperador Francisco José, que posteriormente tendría un fatal destino, también para la humanidad.

La noche loca parisina de aquel viernes interminable, como todas las que vivíamos entonces, eran mezcla de diversión, canchán, desenfreno, frenesí y champán. Eran años sí, de alegría y pasión desmesurada por lo que nos daba la vida, donde el progreso y el bienestar parecían no tener fin; nada en ese momento nos hacía percibir que eso fuera a cambiar, a pesar, incluso, de que desde hacía tan solo dos años uno de los mayores símbolos de esa grandeza, el *RMS Titanic*, considerado entonces indestructible, se hallaba sumergido para siempre en la soledad del silencio de las profundidades del océano.